

Historias de rojos y azules: los partidos políticos tradicionales colombianos desde la Independencia hasta mediados del siglo XIX*

Óscar Andrés Moreno Montoya**

Recibido: 14 de junio de 2011

Aprobado: 28 de septiembre 2011

RESUMEN

Con el propósito de aportar al debate de las ideas políticas en Colombia en el marco del Bicentenario, se plantea una mirada al desarrollo de los partidos políticos tradicionales en Colombia, destacando el papel preponderante que en ese proceso desempeñaron las ideas de la Ilustración y del liberalismo moderno de finales del siglo XVIII y de principios del XIX, y que fueron claves en el desarrollo del proceso de independencia neogranadino y, eventualmente, latinoamericano; igualmente, es in-

terezante resaltar el conjunto de ideas que antecedieron la consolidación formal del bipartidismo colombiano que tuvo lugar al final de la década de 1840, destacando, por último, el papel de la prensa como agente movilizador de ideas y como plataforma de lanzamiento de los programas e ideologías asumidas por el bipartidismo colombiano en sus años iniciales.

Palabras clave: partidos políticos; prensa; clases sociales; independencia; violencia política.

* Este artículo es producto del trabajo desarrollado al interior de la Línea de investigación en Historia y política del Grupo Historia Contemporánea de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, enero-junio de 2011. Hace parte de las reflexiones que las cátedras de Historia de Colombia han suscitado y de algunas preguntas elaboradas en torno al Bicentenario, las cuales han hecho parte de una agenda investigativa propia que se ha extendido a la Línea.

** Historiador - Universidad de Antioquia, estudiante de la Maestría en Ciencia Política del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia y docente de cátedra de los pregrados de Ciencia Política, Antropología y Periodismo de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: omorenomontoya@hotmail.com

A history of reds and blues: traditional Colombian political parties from independence to the mid-19th century

ABSTRACT

With the aim of contributing to the debate on political thought in Colombia at the turn of the Bicentenary, this article focuses on the development of Colombia's two traditional political parties, highlighting the central role that the ideas of the Enlightenment and modern liberalism played in this process at the end of the 18th century and the beginning of the 19th century, and which were also key in the development of New Granadan and, eventually, Latin American Independence. Equally, it

is important to focus on the conjunction of ideas that preceded the formal consolidation of the two party system at the end of the 1840s, and to highlight the role of the press as an agent for mobilizing ideas and as a platform for the launching of the political programmes and ideologies adopted by the Colombian two party system in its early years.

Key words: politics parties; press; social classes; independence; politic violence.

*Se es ante todo de su clase, antes de ser de su opinión.
Pueden oponérseme, sin duda, individuos;
hablo de clases; solo ellas deben ocupar la historia.*

A. TOCQUEVILLE (*Ancien Régime*)

Introducción

En el período de tránsito del orden colonial a la Independencia y posteriormente a la etapa republicana, es preciso advertir que el proceso que se gestó en suelo americano, aunque estuvo alentado por los sucesos acaecidos en Europa y más precisamente en la metrópoli, adquirió una singular identidad a partir de lo sucedido en cada uno de los lugares en los que los debates de la independencia y la libertad tuvieron resonancia, lo cual, a su vez, desencadenó una dinámica muy propia en estas sociedades tradicionales alejadas de los marcos europeos¹.

La génesis de los partidos políticos en Colombia se modeló a partir de la influencia de toda una serie de cambios que, aunque lentos, manifestaron la posibilidad de nuevos tipos de expresión y organización política que por la vía del liberalismo cuestionaron el poder absolutista, dando lugar a una diada de ideas marcadas por la acentuada diferenciación entre los sectores políticos neogranadinos favorables a la conservación del régimen monárquico español y las porciones de ciudadanos cercanos a la implantación del orden liberal que ya había marcado la pauta revolucionaria en Europa y Estados Unidos. Lo anterior condujo a la división de algunos sectores de la elite neogranadina y puso en juego, además, sus intereses económicos bajo la defensa de cualquiera de estas posiciones políticas, que más adelante fueron primordiales en la estructura ideológica que asumieron los partidos Liberal y Conservador.

Es conveniente mencionar, antes de entrar en materia, que el objetivo último de este análisis no descansa en la pretensión de desvelar el entramado ideológico que alimentó el nacimiento del Partido Liberal y del Partido Conservador, sino que se formula como un acercamiento que permita entender algunas de las razones por las cuales en Colombia se ha vivido una violencia sistemática que ha generado un panorama de confrontación por las vías partidistas, que ha insertado, de manera paulatina, en sus dinámicas de guerra y odio a las diversas clases sociales colombianas.

¹ Según José Luis Romero, esa situación americana “desencadenaba también unas corrientes de ideas estrictamente arraigadas a aquellas situaciones que, aunque vagamente formuladas y carentes de precisión conceptual, orientan el comportamiento social y político de las minorías dirigentes y de los nuevos sectores populares indicando los objetivos de la acción, el sentido de las decisiones y los caracteres de las respuestas ofrecidas a las antiguas y nuevas situaciones locales” (Romero, 1985, p. 9).

No puede obviarse que los distintos tipos de violencia que ha vivido Colombia obedecen a períodos concretos de la historia en los que los actores y directos implicados en la confrontación han camuflado su accionar. Tampoco puede desconocerse la responsabilidad de los partidos políticos tradicionales como promotores de los muchos odios heredados que se convirtieron en acicate para la eliminación de todos aquellos que hicieran parte del partido contrario.

Pensamientos anteriores a la Independencia

Sugerir que fue apenas a mediados de siglo cuando pudieron vislumbrarse los cimientos de lo que sería la conformación bipartidista de la Nueva Granada sería obviar el hilo conductor que demarcó los antecedentes y los elementos contextuales que dieron pie a la escisión ideológica y que, finalmente, desencadenaron en la consolidación de los partidos. Los hombres de la Nueva Granada no estuvieron desde siempre en la misma franja de pensamiento político, sino que el conjunto de individuos interesados en la política, antes de la existencia misma de los partidos tradicionales, fueron permeados por una serie de pensamientos que se modelaron desde el siglo XVIII. Inclusive, podría pensarse que la existencia de un movimiento disidente al régimen monárquico en la Nueva Granada se origina desde finales del siglo XVIII, momento en el que las clases ilustradas se hacen receptoras de ideas liberales provenientes de los movimientos revolucionarios de Norteamérica y Europa.

El influjo de la Ilustración y la búsqueda de la modernidad política como reflejo de las sociedades avanzadas en Hispanoamérica condujo a que en el cuadro de incertidumbres que tomaba forma aún antes de la caída de la monarquía hispana en 1808 se presentaran divisiones en las elites americanas frente al poder absoluto del monarca (Romero, 1985, p. 76). Ante tal situación la habilidad de los hombres de la Nueva Granada no se hizo esperar; sus primeros intentos de organización política estuvieron dirigidos a “imaginar un nuevo régimen” bajo las formas de representación política que inauguraron las juntas de gobierno que se crearon en los albores de la Independencia (McFarlane, 2002, p. 76).

Al valor de las instituciones políticas que se crearon en el calor de la Independencia —como las juntas de gobierno—, al igual que el papel de control que cumplieron los cabildos y las redes parentales que sustentaron las bases de dominación en ese tránsito de órdenes: colonial-independentista-republicano, deben sumarse las ideas científicas y políticas de la Ilustración. Señala McFarlane, que ya desde comienzos de 1790 el pensamiento ilustrado estimuló a miembros de la elite criolla neogranadina. Su intención buscó “ver a la Nueva Granada como una patria con la cual identificarse, y les proporcionó un enfoque novedoso para pensar acerca del futuro” (McFarlane, 2002, p. 57) y de la relación con España bajo pautas alternativas a los lazos de sumisión propios de la dinámica colonial.

Las nuevas preguntas por la soberanía, por la ciudadanía y la representación política, que se materializaron a través de la conformación de las juntas de gobierno y los cabildos, fueron consolidando posiciones respecto al poder, en las que se mezclaban los intereses de los sectores más influyentes de la sociedad neogranadina. En tal sentido, resulta interesante mencionar a Margarita Garrido para tener un referente más claro de lo que puede considerarse como un germen de los partidos en Colombia en los albores del XIX. En la descripción realizada por la autora de un partido durante la coyuntura de la Independencia, destaca que su formación se

[...] iniciaba con reuniones y con la preparación de pasquines que se pegaban en los muros de las ciudades. Estos partidos, con características similares a las tertulias, estaban constituidos por grupos pequeños que tenían las mismas características que las de los clubes sociales [...] Se diferenciaban de las tertulias en que éstos debían convocar una base de apoyo popular más amplio (Garrido, 1993, p. 285).

De esa manera, las ideas y la nueva organización política se consolidaba desde muy diversos ámbitos; sus diferencias partían de la identificación de enemigos comunes pero sin tener aún una claridad frente a las ideas compartidas.

En los años iniciales de la Independencia, la política —tal y como lo menciona Garrido— no estuvo determinada por la fuerza de partidos políticos. Por el contrario se basaba en una amplia red de lealtades y rivalidades que se habían construido, desde la Colonia; una serie de viejas facciones predominaban en la política y planteaban sus intereses al calor de sus actuaciones (Garrido, 1993, p. 340).

Para explicar el nacimiento de los partidos políticos en Colombia, algunos han acudido a destacar la tendencia doble que comenzó a modelarse durante la Independencia, ya que en ella “hicieron explosión las tesis de libertad política y de autonomía del individuo que constituyen la esencia de la escuela liberal. Por contraposición quedaba configurado el conservatismo: en él irían a situarse los amigos del poder autoritario y los escépticos acerca de la sabiduría atribuida a la razón” (Molina, 1982, p. 13). Asimismo, se ha tomado el año de 1826 para dar cuenta de la división de poderes en torno a los dos grandes prohombres de la historia política colombiana: Bolívar y Santander, a partir de los cuales se fueron definiendo parcialidades políticas y proyectos de partidos nostálgicos; unos bolivaristas ceñidos a la figura de la autoridad y unos santanderistas adheridos a los principios de la Constitución y la democracia (Molina, 1982, p. 14).

En tal sentido, sería quizá una exageración hablar de unas tendencias políticas inscritas en un proyecto nacional unificado o, al menos, concertado desde una oligarquía de carácter nacional; por el contrario, tal y como lo menciona Fernán González, citando a Jaime Jaramillo Uribe y Margarita Garrido, lo que

existía era una “red protonacional de poderes que preparaban esa construcción, aunque ellas no cubrían homogéneamente a todo el país” (González, 2006, p. 17). Sin embargo, aquellos lugares en los que comenzaron a aparecer tendencias políticas a favor o en contra del poder colonial o adscritas a los personalismos militares de la época fueron determinando la negociación del poder y ciertas formas de organización y grados de articulación entre elites y sectores populares, evidenciando de ese modo las “interacciones entre instituciones centrales, poderes regionales y locales y entre estratos sociales, elites locales y sectores subalternos” (González, 2006, p. 21), lo cual constituyó una base importante para la organización de los partidos políticos a mediados del XIX.

Una precisión necesaria

Teniendo presente la realidad política que caracterizó el período anterior a la consolidación de los partidos, cobra un particular interés la conceptualización que se mantiene en este texto de la noción partido político, para entender la naturaleza de las organizaciones partidistas de esa época en Colombia. En tal sentido, este concepto parte de la consideración de que en el momento en que el conjunto de soluciones y respuestas que definen el accionar político de una facción de pensamiento se torna global, al punto de estructurar propuestas holísticas avaladas por un consenso significativo de la sociedad y sustentadas por un cuerpo ideológico; entonces, se puede hablar de la existencia de un partido político. De acuerdo con lo anterior, nos podríamos preguntar: ¿desde qué momento se puede hacer referencia a la existencia de partidos políticos en la Nueva Granada? Las visiones más generales apuntan a la conformación de los partidos políticos tradicionales a mediados del siglo XIX, momento en el que el ideario conservador y el programa político del liberalismo fueron expuestos en los órganos informativos y proselitistas de los ideólogos políticos.

Pero, antes de empezar a discernir sobre la existencia de estos protopartidos políticos es importante aclarar el carácter coyuntural y mutable de todos los tipos de facciones que circundaron las agitaciones políticas del siglo XIX, tal y como lo explica Germán Colmenares en su texto *Partidos políticos y clases sociales*:

Los partidos políticos, por ejemplo, no constituyen entidades históricas inalterables ni menos aún seres corpóreos que puedan ser objeto de un proceso condenatorio, ni conceptos metafísicos de tal naturaleza que puedan ser conjurados o abolidos. Su acción está encuadrada dentro de circunstancias concretas y, por lo tanto, irrepetibles. Su composición mínima puede variar dentro de ciertos límites, según los intereses que el partido tienda consciente o inconscientemente a prohijar. Si existen algunas constantes por las que pueda identificarse un partido, esto no quiere decir que su esencia permanezca inalterable (Colmenares, 2008, p. 12).

El nacimiento del bipartidismo desde la prensa

Los movimientos periodísticos y partidarios de 1848 y 1849 dan cuenta de la visión retrospectiva que tenían sus líderes del devenir político neogranadino y los orígenes mismos de sus partidos. Tanto liberales como conservadores escribieron versiones particularizadas acerca de la metamorfosis ideológica de la primera mitad de siglo y se encargaron de publicarlas en sus periódicos, que jugaban un papel protagónico en la labor de adoctrinamiento de sus simpatizantes y electores.

Fue así, como Mariano Ospina Rodríguez publicó en los ejemplares tres, cuatro y cinco del periódico *La Civilización* lo que para el conservatismo era la historia del bipartidismo en la Nueva Granada:

Hemos visto que esos partidos jamás se han reproducido; hemos visto que la Nación ha estado siempre dividida, partida en dos, siempre, pero siempre de distinto modo. Los partidos jamás se han reproducido porque la cuestión ha sido siempre distinta, distinta esencialmente. Los partidos no se han reproducido, porque las causas de la división no se han reproducido, han ido variando [...] la cuestión de los realistas a los independentes era la cuestión de la independencia, era la cuestión nacional: la cuestión de los centralistas a los federalistas era la cuestión de la forma de Gobierno, era la cuestión política: la cuestión de los bolivianos a los liberales era la cuestión de Bolívar, era la cuestión personal: i [sic] hoy, entre conservadores i [sic] rojos ¿cuál es la cuestión? ¿Es la independencia? ¿Es el centralismo? ¿Es Bolívar? (Ospina, 1849, N° 5).

Por su parte, el liberalismo optó por una división enfocada en las cabezas de partido. Aún hoy, el Partido Liberal atribuye al siglo XIX la existencia inicial de un Partido Patriota contrario a un Partido Regentista; un Partido de Artesanos y Chisperos que se oponía a un Partido Neorrealista y Regentista; un Partido Piñerista enfrentado a un Partido Toledista en Cartagena; un Partido Nariñista y Devarguista, Carbonellista y Piñerista contra el Partido de Notables, Frondistas y Oligarcas; el Partido de los Pateadores en oposición al Partido de los Carracos; un Partido liberal independentista y, posteriormente, un Partido santanderista en contravía del Partido boliviano².

El conservatismo condenó fuertemente la manera personificada y caudillista que debieron utilizar los liberales para construir su propia historia partidista. En el ejemplar número tres de *La Civilización*, Mariano Ospina R. escribió en contra de la taxonomía partidista liberal:

Hai [sic] quien suponga, que la República ha estado constantemente dividida en dos bandos que combaten cerca de 40 años. Hai [sic] quien, suponiendo que los hombres que han encabezado los partidos en el país han sostenido siempre los mismos principios cree que un partido puede ser conocido por el nombre del jefe que lo encabezó alguna vez. (Son estas) opiniones todas mui [sic] erróneas, i [sic] que la historia desmiente (Ospina, 1849, N° 3).

² Partido Liberal Colombiano. (2009). "El liberalismo antes del liberalismo" (en línea). (Consultado 3 de diciembre, 2009).

Sin embargo, sería erróneo afirmar que el Partido Liberal y el Partido Conservador encuentran filiaciones congruentes con las viejas facciones políticas. Al contrario, para mitad de siglo, los oponentes políticos solían buscar lazos que relacionaran los nuevos idearios partidistas con antiguas corrientes como método de desprestigio. Fue por ello que en *La Civilización*, Mariano Ospina y José Eusebio Caro firmaron una declaración conservadora que se hizo histórica por la definición de fronteras ideológicas: “El Partido Conservador no es lo mismo que el partido boliviano de Colombia ni ninguno de los viejos partidos de este país. Nosotros no reconocemos como Partido Liberal rojo al Partido Liberal de Colombia, ni al que restableció en la Nueva Granada el orden constitucional” (Ospina, 1849, N° 9).

Anteriormente, ya habían abordado la discusión en el mismo periódico: “¿Los partidos liberal i [sic] boliviano eran la continuación de los federalistas i [sic] centralistas de la primera época? Evidentemente no. Los principios de la contienda eran diversos i [sic] los hombres que habían figurado en los bandos de la Nueva Granada se habían alistado indistintamente en los que dividían a Colombia”. (Ospina, 1849, N° 3). Lo que sí es evidente es que en los cimientos de cada uno de los partidos yacen características esenciales que encuentran puntos continuados en relación con las viejas facciones; es por eso que durante la primera mitad del siglo XIX se puede identificar un proceso de fundición en el que los contrarios de una contienda no eran necesariamente los mismos de otra. Así, no todos los independentistas se alinearon en las filas de federalistas, y no fue raro encontrar en las listas del conservatismo a un viejo santanderista.

Por otra parte, desde la instauración de la República de la Nueva Granada, no hubo una consolidación institucional, social o ideológica que permitiera hablar específicamente de partidos políticos, sino meramente de corrientes políticas transitorias. Por lo anterior, se puede considerar lo siguiente:

Es bien sabido que cuando nos independizamos de España no había —y no podía haber— partidos propiamente dichos. La confusión de esos tiempos, la inestabilidad general, los desplazamientos de las gentes de una agrupación política a otra, hacían que las fronteras doctrinarias entre los bandos resultaran provisionales y ambiguas. Había que esperar, por eso, una etapa de pensamiento más elaborado para que se pudiera decir que la Nueva Granada disponía de partidos (Gaviria, 2002, p. 139).

El momento apropiado para la conformación de dichas ideologías puede ubicarse en un rango que comprende la década del 30 y del 40, fecha en la cual se declara formalmente el fin del conservatismo boliviano, justo después de la caída de la dictadura de Urdaneta, y la desintegración del santanderismo en una vertiente de liberales moderados y en otra de progresistas, o lo que más tarde se conocería como liberales conservadores y liberales rojos.

La mirada a los sectores populares: las sociedades políticas

Las dinámicas de las nuevas conformaciones ideológicas obedecieron a un raciocinio en el que la búsqueda de consenso en la clase popular se convirtió en determinante para el acceso al poder, idea contraria a la estrategia tradicionalmente usada por los protopartidos, en donde las relaciones con las clases sociales bajas se reducían a una pequeña casta de dominantes y una clase popular dominada.

Según Víctor M. Uribe-Urán, las búsquedas de los letrados por simpatizar con las masas los llevaron al encuentro con una verdad irrefutable:

No solo resultaba difícil 'manipular' a las masas, sino que incluso parecía ser evidentemente peligroso. Las masas tenían su propia agenda y maneras de entender la política local. Es cierto, de todas formas, que el pueblo también se mostraba en ocasiones ávido de responder positivamente las invitaciones de unirse a cruzadas religiosas o políticas, promovidas por grupos que prometían recompensas materiales atractivas (Uribe, 2003, p. 94).

En 1838, el surgimiento de una *Sociedad Católica* organizada por un segmento de la elite aristocrática buscó simbolizar la renovación de choques ideológicos que habían protagonizado las contiendas en la década del 20 y que volverían en el 40. Al mismo tiempo, la Católica —como era llamada esta organización— buscó la simpatía popular para apropiarse de varias candidaturas en las elecciones del Congreso y de asambleas provinciales. Como contraparte, en el mismo año, surgió la Sociedad Democrática Republicana de Artesanos y Labradores Progresistas, compuesta mayoritariamente por abogados provinciales, pero preocupados por captar mayorías como método de movilización, además, como la única forma de contener la consolidación de un gobierno aristocrático de corte colonial.

La consolidación de estas asociaciones que se contraponían en diversos puntos y la participación popular en las mismas demarcaron un momento fundamental para el afianzamiento de un proyecto político e ideológico y, a su vez, de la apropiación que estas facciones hicieron de unos intereses de clases. En principio, la voluntad política de las masas y el papel que jugaban en la contienda política parecía reducirse al de objetos de manipulación por parte de las emergentes cabezas de partido. Sin embargo, después de la Guerra de los Supremos de 1840 y de manera progresiva hasta 1849, las masas se convirtieron en actores definitorios en la contienda política.

Con el regreso de Florentino González de Inglaterra, y su vinculación a la Secretaría de Hacienda, las políticas económicas de la Nueva Granada presenciaron un giro de las tradicionales políticas mercantilistas al librecambismo, proveniente de las ideas europeas. Las clases populares, viéndose gravemente

afectadas por las nuevas medidas del Ministerio de Hacienda, se tornaron aún más participativas en la contienda política y reivindicaron viejas disputas de orden social y racial. Colmenares lo argumenta así:

Cualquier observador imparcial no deja de extrañarse ante el espectáculo de una república en la que reinaban las más chocantes desigualdades sociales y en la que la barrera racial jugaba un papel muy importante. Saltaba a la vista que una casta de abogados y militares ejercía una verdadera tiranía sobre una gran masa de indios, mestizos y mulatos a los que se sometía mediante una influencia directa, o a través de leyes vejatorias o, simplemente, explotando su ignorancia; [...] la lucha por el poder del Estado significaba una lucha por la libertad, aún dentro de un régimen republicano. Las aspiraciones de los nuevos dominadores solo podían colmarse con el control absoluto del Estado, y este control coincidía con la libertad. [...] Así, el más primitivo origen de los partidos buscó, ante todo, constituir un medio de protegerse de pretensiones opuestas sobre la dominación estatal. Su organización como una cohesión orgánica de intereses que se expresan mediante la formulación de una ideología, es más bien tardía (Colmenares, 2008, p. 26).

Las agitaciones de 1848 marcan una diferencia en relación con las agitaciones de tiempos pasados, en la medida en que estas contaron con elementos que aludían a las clases populares y no exclusivamente a las clases militares y dirigentes. “Solo a partir de 1848, un esbozo de conciencia de clase, de afirmación económica de clase, va a abrirse paso a través de las supervivencias coloniales y contra el prestigio militar y la influencia del clero” (Colmenares, 2008, p. 25). El poder de decisión de esta masa y la importancia creciente que adquirió dentro del contexto político neogranadino se hacen manifiestos con la elección de José Hilario López como Presidente de la República el 7 de marzo de 1849 con un gran apoyo por parte de los artesanos.

Desde la misma prensa los conservadores criticaban la forma en que se había propalado por medio de estas asociaciones lo que denominaban “doctrinas perniciosas”. En el primer ejemplar del periódico *La Civilización*, que circuló a partir del 9 de agosto de 1849, sus redactores escriben un artículo llamado “¿Qué es la civilización?”

[...] apandillarse en grandes clubs, o sociedades de artesanos, de obreros i de vagamundos [sic], para propalar que la propiedad es el robo, que las doctrinas que sustentan el edificio de la sociedad son quimeras perniciosas, para insinuar que es lícito el degüello de los hombres ilustrados para que todos sean iguales en ignorancia, i [sic] el asesinato y el despojo de los ricos para que haya igualdad de fortunas o de miseria, reunirse en fin para inmoralizar i [sic] corromper la sociedad ignorante i [sic] lanzarla contra la parte más civilizada, no se ocurre allí ni al literato ni al obrero [...] (Ospina, 1849, N° 1).

Las ideas europeas, sin duda, creaban estremecimientos en la Colombia de mediados del XIX “de Sismondi, de Fourier, de Saint-Simon, de Proudhon, de todos los reformadores de la época, tomaron el interés por la cuestión social al

menos en términos prácticos. La causa de los pobres, como entonces se decía, fue su causa" (Molina, 1882, p.13); ello explica en buena medida el alcance de los partidos y su destacada movilización popular.

La importación de los pliegos políticos

La relevancia que paulatinamente tomaron sectores de la sociedad antes invisibilizados en la política, refleja un flujo de ideas afrancesadas sobre democracia y república que habían permeado los discursos del liberalismo, igualmente, puntos claros como la división de poderes, el régimen constitucional y la democracia representativa ya hacían parte del ideario político liberal. Por su parte, los referentes del futuro Partido Conservador eran notablemente diferentes en su origen: Estados Unidos e Inglaterra eran sus "dos astros de la libertad humana" (Ospina, 1849, N° 5) sin desconocer otra serie de influencias ideológicas provenientes del Viejo Continente. Asimismo, las ideas francesas propias de los liberales mantenían una connotación negativa que los conservadores resaltaban con adjetivos irónicos y satanizantes, como es el caso de lo publicado en *La Civilización*:

Voltaire, de aquel jenio [sic] abominable, de aquel jenio desvergonzado, de aquel jenio embustero, de aquel jenio [sic] inmundo, de aquel jenio [sic] cobarde, de aquel que, por la agudeza de su jenio [sic], i [sic] por el abuso increíble de su mismo jenio [sic], realizó sobre la tierra, para nuestra desgracia, la inteligencia i [sic] la perversidad de Satanás [...] ¡ [sic] decid ahora que vuestros doctores no son volterianos! Pero tendréis razón en decirlo: Voltaire no negaba a Dios, el diablo tampoco lo niega; Voltaire era deísta, vuestros doctores son ateos! (Ospina, 1849, N° 6).

La importación de los pliegos de idearios franceses, ingleses o norteamericanos apenas correspondió a una reducida clase ilustrada que había sido educada fuera del contexto nacional y que estaba seducida por un modelo externo de república democrática, de librecambismo, de utilitarismo o de monarquía constitucional. Las demás clases sociales se familiarizaron, más lentamente, con los planteamientos de Constant, Montesquieu Tocqueville, Rousseau y Bentham, mediante la intermediación de sectores mejor formados de la sociedad, sin embargo, en su cotidianidad la realidad planteada poco o nada tenía que ver con su entorno.

En relación con los acontecimientos que delimitaban la realidad neogranadina no podían ser siquiera comparables con las transformaciones socio-políticas por las que estaba atravesando la Francia de 1848. Según Germán Colmenares, la idea de vincular la realidad francesa al acontecer de la Nueva Granada de mediados de siglo corresponde a una manera provinciana de interpretar la estrategia criolla de dominación:

Interpretación provinciana quiere decir, en este caso, la que se localiza demasiado estrechamente; es decir, aquella que se establece con respecto de factores que no trascienden el horizonte geográfico de América. Este tipo de error está vinculado al intento de interpretación casual, que liga siempre un antecedente al hecho que se trata de explicar [...] Si hubo de alguna manera una influencia o puede señalarse una relación de causa a efecto entre los hechos europeos y nuestra discutida revolución de 1848, no cabe duda de que la forma en que tales hechos fueron captados por una minoría en la Nueva Granada, no corresponde exactamente a su configuración histórica. Existió una necesaria deformación en la perspectiva de los granadinos, y esta sola circunstancia excluiría el intento de emparentar las dos órdenes de acontecimientos [...] En la Nueva Granada de mediados del siglo XIX, la teoría política se presentaba enriquecida por una experiencia histórica ajena, la experiencia francesa y, por consiguiente, con una terminología y con unos conceptos perfectamente inadecuados a las condiciones sociales y económicas locales (Colmenares, 2008, pp. 23-25).

Sin embargo, el constructo ideológico del liberalismo no solo se constituía de una propuesta de república, sino que también se conformaba de diversas vertientes de liberalismo económico que fueron la causa de varias escisiones ideológicas dentro de la misma facción. De un lado, una visión industrialista, de corte saint-simoniano y de otro lado, una postura utilitarista de tendencias más conservadoras. Asimismo, en el proceso de asentamiento de las bases económicas y políticas de la propuesta liberal y el proyecto conservador, ambos partidos definieron conceptos referentes a un ideario propio de *nación, de independencia, de libertad y de legalidad*³.

Mientras los liberales más radicales pregonaban la libertad desde diversos ángulos a partir de un ideario mucho más utópico que crítico de la realidad, los conservadores enarbolaban las banderas religiosas y apelaban a la construcción de una moralidad interna que preservara el buen juicio y la buena conducta. De la mano de teorías abiertamente durkheimianas, las nuevas elites emergentes conservadoras publicaban en *La Civilización*: “La Independencia, la Constitución, la Libertad son cuestiones exteriores. La Moral es una cuestión interior. Aquellas son todas *cuestiones de situación*: esta sola es una *cuestión de carácter*” (Ospina, 1849, N° 1).

³ En la edición número 43 de *El Aviso*, los liberales publicaron: “La Independencia sola no constituye la nacionalidad de un pueblo. Lo que la constituye es la perfecta posesión de una independencia adquirida de hecho y de derecho; la seguridad de no perderla jamás, ó al menos de no verla expuesta a mil azares; la dignidad propia del que es completamente independiente y libre: la fama de la existencia material y política; y finalmente el respeto y acatamiento con que lo miren las demás naciones por el conocimiento que tengan de su historia, de su poder y de su riqueza [...] los pueblos que no ambicionan las riquezas adquiridas por medio del comercio, de la agricultura ó de la minería, no ambicionan la felicidad y el bienestar social, no llevan su misión sobre la tierra, no merecen tener instituciones propias, ni aspirar al rango de nación civilizada, ni contar su nombre en el catálogo de los pueblos ilustrados y grandes [...] El comercio y la inmigración son causas y efectos a un mismo tiempo; el uno trae al otro, y la ausencia de este mata los elementos de aquel. Sin inmigración el comercio no puede tener alimento en un país despoblado y poco industrial, así como el comercio es necesario para hacer conocer las ventajas de un país y determinar la inmigración”. Rojas, Ezequiel. (1848, octubre). *El Aviso*, Número 43.

El Partido Conservador describía las ideas francesas y liberales como mecanismos de destrucción de la buena moral. De esta manera, las alusiones al carácter sacrílego de las teorías liberales radicalizaron la discusión política y la llevaron de las elites hacia los círculos sociales populares. Según Germán Colmenares:

La oposición neta entre creyentes y rojos, entre católicos e irreverentes, parecía encerrar la razón última de una discusión apasionada que se desenvolvía en una secuencia de puntos accesorios que concernían a la tradición y a la novedad, al atraso y al progreso. Los hombres podían converger acerca de estos puntos, pero su opinión era irreductible en cuanto se tocaba la cuestión religiosa. La religión era un dique a los excesos o una barrera a los beneficios del progreso, según el punto de vista, pero en todo caso constituía un punto de referencia ineludible (Colmenares, 2008, p. 61).

Mientras las grandes ciudades se acogían de manera mucho más flexible a los idearios de corte francés, el campesinado constituyó continuamente un punto de quiebre y una búsqueda constante por la conservación de las costumbres y por el mantenimiento de una estática social que, además, era alimentada por las condiciones externas y por la realidad general:

La arquitectura colonial, los caminos, los puentes, las técnicas más primitivas constituían un punto de apoyo, un mirador constante hacia el pasado. No representaban solamente, como lo pretendían los teóricos, los frutos del fanatismo o la fuerza de la inercia de la herencia española, sino el armazón íntegro de la vida material, el sustrato íntimo más evidente, a lo que se aferraba la conciencia como a una garantía de estabilidad, o al menos, como un talismán contra lo desconocido (Colmenares, 2008, p. 72).

Los conservadores comprendían las angustias de sus adeptos y en el periódico *La Civilización* aludían al acto de conservación: “Si hoi [sic] conservásemos las costumbres de nuestros padres viviríamos en el seno de la paz, las leyes serian profundamente acatadas, las autoridades respetadas, ecsecrados [sic] los traidores i [sic] los sediciosos, i [sic] por consiguiente gozaríamos de plena seguridad, i [sic] el país habría alcanzado ya un alto grado de prosperidad” (Ospina, 1849, N° 1).

Cabe resaltar que fue tal la importancia de estos medios de divulgación —dirigidos y redactados por los ilustres e ideólogos de cada vertiente— en el proceso de consolidación de las estructuras ideológicas, que fue en ellos donde se dieron a conocer los idearios políticos de cada uno de los nacientes partidos. Fue así como el 16 de julio de 1848, en un ensayo publicado bajo el título “Las razones de mi voto” en el diario bogotano *El Aviso*, el político y profesor Ezequiel Rojas publicó un verdadero ideario liberal que se convirtió en el faro del Partido y en base sustancial fuerte durante el periodo del Olimpo Radical⁴.

⁴ “En resumen, quiere el Partido Liberal que se organice un gobierno en beneficio de los gobernados; quiere República, sistema verdaderamente representativo; Congreso independiente, poder Ejecutivo que no pueda hacer sino lo que la ley le permite, responsabilidad positiva y para ello tribunales independientes, buenas leyes, una política en el poder Ejecutivo eminentemente nacional y americana, justicia imparcial con todos,

Ahondando en el discurso liberal, se pueden encontrar claros planteamientos frente a la división de poderes, propia de Montesquieu, y frente al temor de la coerción que pueda ejercer el poder ejecutivo sobre los demás poderes, pues podría desencadenar en un régimen dictatorial o tiránico. Igualmente, la lejanía del programa liberal con la vinculación de la Iglesia a los asuntos del Estado se hace visible en la mención al “gobierno teocrático” y el planteamiento que defiende la no adopción de la Religión como un medio para gobernar.

De igual manera, el Partido Conservador, con José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez a la cabeza, publicó una “Declaratoria Política” en el periódico *La Civilización* del 4 de octubre de 1849⁵ en la que se incluyen los primeros principios programáticos del conservatismo colombiano. Lo más importante de esta dicotomía es que genera una disputa no entre contrarios que tienen dos formas distintas de entender la organización y la forma del Estado, sino que crea una disputa entre buenos y malos que, literalmente, sataniza al detractor y atiza odios entre individuos de ambos bandos.

Declaratorias como la siguiente, hecha por el periódico *La Civilización*, hacen pensar no en una disputa electoral o política, sino en una batalla campal entre dos ejércitos enemigos:

Se levanta una sombra siniestra, ayer no mas, pequeña, insignificante i [sic] despreciada, hoy enorme, amenazante y terrible: el pauperismo, hambriento y feroz sin freno interior, sin esperanza en el porvenir de la sociedad actual, con el corazón henchido de rabia i [sic] de rencor, estimulado i [sic] dirigido contra el resto de la sociedad por hombres instruidos, pero sin fé ni conciencia, aguijoneados sólo por la ambición y la codicia. El

que en sus actos no se tenga en cuenta otra consideración que el bien público, y quiere todo esto para que los que obedecen no sean esclavos de los que gobiernan: para que no haya verdadera libertad; para poder nos librar del gobierno teocrático; para que los granadinos realmente tengan aseguradas sus personas y sus propiedades; y para que las garantías no sean engañosas promesas. Si ellas hubieran sido realidades, la sangre de los granadinos no se habría derramado en los años cuarenta y cuarenta y uno. Principios tales son y han sido siempre los deseos del Partido Liberal; y como entre los hombres eminentes de ese Partido, el primero que levantó su voz en la Cámara Legislativa pidiendo su restauración lo fue el general José Hilario López, lógico y justo que se le haya tomado por candidato; y está es una de las razones que han determinado mi voto” Gaviria Liévano, Enrique. *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el librecambio*. Versión Ebook: <http://books.google.com.co/> p. 146. 2002.

⁵ “El Partido Conservador es aquél que reconoce y sostiene el programa siguiente: El orden constitucional contra la dictadura; La legalidad contra las vías de hecho; la moral del cristianismo y sus doctrinas civilizadoras contra la inmoralidad y las doctrinas corruptoras del ateísmo; La libertad racional, en todas sus diferentes aplicaciones, contra la opresión y el despotismo monárquico, militar, demagógico, literario, etcétera. La igualdad legal contra el privilegio aristocrático, odocrático, colocrático, universitario o cualquier otro; La tolerancia real y efectiva contra el exclusivismo y la persecución, sea del católico contra el protestante y el deísta o del deísta y del ateísta contra el jesuita y fraile, etcétera. La propiedad contra el robo y la usurpación, ejercidos por los comunistas, socialistas, supremos o cualquier otro; La seguridad contra la arbitrariedad de cualquier género que sea; La civilización, en fin, contra la barbarie. En consecuencia, el que no acepte algo de estos artículos no es conservador. El conservador condena todo acto contra el orden constitucional, contra la legalidad, contra la moral, contra la libertad, contra la seguridad, y contra la civilización, sea quien fuere el que los haya ejecutado”. Gaviria Liévano, Enrique. *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el librecambio*. Versión Ebook: <http://books.google.com.co/> p. 146. 2002.

pauperismo por sí solo sería una amenaza seria para la civilización, pero él no es más que el núcleo alrededor del cual se agrupan las masas proletarias que sucesivamente se van inmoralizando i [sic] corrompiendo, i [sic] afiliándose en ese terrible ejército que se organiza contra la parte más civilizada de los pueblos (Ospina, 1849, N° 1).

Los liberales, por su parte, emprendieron ataques de carácter mucho más político que dogmático, y acostumbraron el uso de cobro de cuentas y errores a los viejos gobiernos conservadores. En 1849 escribían en *El Aviso*:

Por más que se titulen defensores del orden, de la moralidad, de la religión [sic], de la propiedad, jénios [sic] tutelares, principios conservadores que todos respetan, que nadie ataca, pero que han servido siempre de pantalla a los cobardes enemigos de la libertad calumniada [...] he aquí los famosos conservadores que solo merecen ese título porque pretende conservar lo malo, y sobre todo porque pretenden conservarse en sus puestos que tan mal desempeñan doce años ha. ¿Qué es lo que pretenden conservar? ¿La Constitución? Nadie ignora que la constitución existente fue la obra del partido vencedor en 1842, y que está calculada para establecer el despotismo (Rojas, 1849, N° 74).

Todas estas menciones dan cuenta del verbo incendiario e intolerante con el adversario que comúnmente era usado por los líderes de cada partido y dispuesto a la opinión pública desde las publicaciones periódicas. “Al igual que durante la Revolución Francesa, la prensa en nuestro país nació y creció al calor de las luchas independentistas y partidarias como medio de expresión y movilización” (Medina, 2009, p. 66). Es más, puede afirmarse, tal y como lo hace don Santiago Pérez, que las guerras civiles comenzaron en las rotativas de los periódicos; es decir, la prensa cumplió el papel de agente incitador e incendiario de muchos de los conflictos del siglo XIX (Medina, 2009, p. 66), curiosamente, el mismo papel que cumpliría a mediados del siglo XX, durante la época conocida como La Violencia.

Conclusiones

El paso al siglo XX estuvo determinado por la Guerra de los Mil Días y, aunque muchos creyeron asistir a la última guerra civil de la historia colombiana, como lo manifestara Rafael Uribe Uribe, la lógica de una disputa no clausurada mantuvo encendidos los ánimos belicistas que terminarían por demarcar uno de los períodos más convulsionados en las dinámicas de orden público de la historia colombiana.

Según Carlos Mario Perea, “los partidos, sin falta, construyen el sentido de sus discursos desde tres códigos imaginativos: el religioso, el de la sangre y el de la ciudadanía segmentada. El primero dice de un espíritu partidario irrepetible y radicalmente distinto del Otro; el segundo habla de la inamovible presencia discursiva de la violencia; el tercero referencia la imposibilidad de construir la ciudadanía frente a una militancia partidaria que lo invade todo” (Perea, 1996, p. 34).

Para un pueblo que desde las guerras de Independencia había elegido el camino de la formación regionalista como mecanismo de identidad, la pertenencia a un partido significaba la identificación con una búsqueda común como pueblo colombiano. El rojo y el azul lograron lo que los independentistas olvidaron en el proceso de formación del nuevo Estado-nación.

La identidad primordial es el modo propio de cohesión social del mundo tradicional en tanto sus nexos instituyen un mundo de significación que se erige en sistema de saber, en normativa de la realidad y en programa de los modos como ha de ser construido el mundo. La versión del mundo allí constituida es única e inimitable; el otro, el distinto, encarna el límite y la destrucción. Y en el corazón del sentimiento que confiere esta conciencia de autenticidad irrepetible, el grupo inmediato se convierte en ente del orden de lo natural, inscrito en una legalidad inmutable ajena a la historia y la cultura.

El uso de palabras ya estigmatizadas por la experiencia externa o la simple cosmogonía del pueblo cayó como anillo al dedo en el propósito de satanizar al adversario. De ahí, que pueda decirse que las guerras civiles del siglo XIX, aunque no resolvieron problemas de fondo, sí sirvieron de caldo de cultivo para madurar los odios y dejar despejado el real problema entre rojos y azules. Los odios obedecían a un trasfondo que poco tenía que ver con lo ideológico y que, al parecer, estuvo fuertemente ligado con las necesidades naturales de los pueblos de identificarse y buscar causas comunes.

El bando, desde siempre, estuvo determinado por el grupo social que el azar del nacimiento otorgara o por la herencia ideológica que se había hecho sagrada en los hogares; hijos de conservadores eran conservadores e hijos de liberales luchaban por causas liberales. Eso era todo. La ideología política trascendió el hecho de adscribirse y participar dentro del partido, permeando, de esta manera, la vida cotidiana y las relaciones interpersonales de los individuos en el devenir histórico partidista de la nación colombiana.

Bibliografía

- Colmenares, G. (2008). *Los Partidos Políticos y las Clases Sociales*. Bogotá. La Carreta.
- Garrido, M. (1993). *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada 1770-1815*. Bogotá: Banco de la República.
- Gaviria Liévano, E. (2002) *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el librecambio*. Disponible en: <http://books.google.com.co>
- González, F. (2006). *Partidos, guerras e iglesia en la construcción del Estado nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín: La Carreta.
- McFarlane, A. (2002). *La construcción del orden político: la Primera República en la Nueva Granada, 1810-1815*. *Historia y sociedad*, No 8 (enero-marzo), pp. 47-82.8. 13.
- Molina, G. (1982). *Las ideas liberales en Colombia 1849-1914*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Medina, G. (2009). *La cruz y la espada como escudos de la democracia*. *Revista Debates*, No. 53. Universidad de Antioquia, Medellín.
- Ospina Rodríguez, M. (1849, 9 de agosto). "¿Qué es la civilización?". *La Civilización* No. 1.
- _____. (1849, 23 de agosto) "Historia de los partidos políticos en la Nueva Granada". *La Civilización* No. 3.
- _____. (1849, 9 de septiembre). "Historia de los partidos políticos en la Nueva Granada". *La Civilización* No. 5.
- _____. (1849, 19 de septiembre). "Historia de los partidos políticos en la Nueva Granada". *La Civilización* No. 6. p. 3.
- Ospina Rodríguez, M. y Caro, J. E. (1849, 4 de octubre). *La Civilización* No. 9.
- Perea, C. M. (1996). *Porque la sangre es espíritu*. Bogotá: Aguilar.
- Sánchez, Gonzalo. (2003). *Guerras, Memoria e Historia*. Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Rojas, E. (1848, octubre). *El Aviso*, Número 43.
- _____. (1849, 12 de julio 12). *El Aviso* Número 74.
- Romero, J. L. (1994). *Situaciones e ideologías en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia
- _____. (1985). *Pensamiento político de la emancipación*. España, Biblioteca Ayacucho.
- Sánchez, G. (1984). *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora.
- Sowell, D. (1991). *Santander y la opinión angloamericana: visión de viajeros y periódicos, 1821-1840*. Bogotá, Fundación Francisco de Paula Santander.
- Uribe-Urán, V. (2003). *Sociabilidad política popular, abogados, guerra y bandidismo en Nueva Granada, 1830-1850: respuestas subalternas y reacciones elitistas*. *Historia y sociedad*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

